

## BIBLIOGRAFIA

---

*Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*, por JOSÉ INGENIEROS.

El doctor José Ingenieros es uno de los profesores estudiosos de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y uno de los pocos que no han dejado de ser compañeros avanzados entre los alumnos, por esa camaradería y benevolencia con que acepta toda conversación sobre cualquier asunto que interese a los estudios que son comunes a él y a los alumnos.

Por eso es que, por la aparición de su monografía que debíale servir para incorporarse a la Academia de Filosofía y Letras, nosotros pensamos que no sería entrar en discusiones presuntuosas si le expresáramos nuestras dudas y, a veces, nuestras objeciones. A hombres de poca integridad mental puédeseles permitir que opinen como quieran y que no den explicaciones; pero con Ingenieros hay que ser exigentes, y lo seremos como buenos discípulos de sus mismas enseñanzas que aconsejan una extremada resistencia para la aceptación de toda doctrina.

El doctor Ingenieros, hasta hace poco, no ha aparecido como filósofo. «Una disciplina científica, (se refiere a la médica) larga ya por su comienzo precoz, retrájome hasta ahora de publicar escrito alguno sobre asuntos propiamente filosóficos», declara él mismo. Efectivamente sus libros han sido de índole psicológica o sociológica: «La simulación en la lucha por la vida», «Simulación de la locura», «Sociología Argentina», «Principios de Sociología», «Criminología» y «El Hombre Mediocre». Recién, durante el año pasado, editando unas conferencias sobre Emerson: «Hacia una moral sin dogmas», dió señales de su despertar filosófico y se presenta hoy, con un posible esquema, como filósofo. ¿La causa? El se encarga de explicárnosla: «He creído que sin una sólida cultura experiencial es tan vano todo empeño por comprender los problemas inexperienciales, etc.», o «aleccionado por todos los filósofos dignos de este nombre, he supuesto que las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natural de mis estudios científicos». Por lo pronto sabemos a qué atenernos y con qué filósofo — ignoramos si el calificativo satisface — debemos establecer «nuestro comercio intelectual». Porque, esto

mismo, la declaración de su procedencia que, con justa razón, es el blason básico de su «sumario bosquejo de la arquitectónica», es lo que nos hace disentir profundamente con él y, nuestro disentimiento, por no ser simple capricho, tiene ciertos pretendidos fundamentos que queremos presentar a nuestro profesor y camarada, en el sentido expresado, el doctor Ingenieros. Pues, — y aquí comienza la divergencia, el *caput mortuum*, que, por lo demás, es el eje de estas líneas, — mientras Ingenieros nos declara que: «pasé, naturalmente, a la cátedra de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como ciencias psicológicas», nosotros pensamos que la lógica, la ética y la estética, nada tienen que ver con la psicología, o más, que la psicología debe ser suprimida, «con cristiana sepultura» si se quiere, de toda cuestión filosófica, sea estética, ética o lógica que tienen que elaborarse con elementos propios — y los tienen en abundancia — y no bastarse con una de las ciencias naturales más en moda, como lo ha sido la psicología.

Por lo pronto, nuestro profesor, ha de notar que seguimos sus preceptos al expresarnos en forma tan categórica: «aspiro, dice Ingenieros, a expresarme con una sencillez que nunca se preste a dos interpretaciones» o «me avergonzaría si torciera ideas claras con palabras equívocas o disimulase opiniones con alambicadas figuras».

Nuestro disentimiento con el doctor Ingenieros es categórico y muchos de los argumentos los tenemos en las páginas de este su libro que comentamos. Para la primera parte nos vemos obligados a hacer nuestra profesión de fe, para la segunda analizaremos, brevemente, los capítulos del libro.

\*  
\* \*

Establecer como base de la filosofía, la psicología, es caer, nos parece, en una absoluta aberración: la psicología, como cualquier ciencia natural, está basada en la observación y la experimentación; el esquematismo, que es su método vital, es también el único resultado a que puede llegar. Pero el esquema, por rico que sea en hechos observados o experimentados, nunca deja de ser esquema, es decir aproximaciones a una verdad que no se conoce y que, tampoco, se ha definido. Informada por ese método, la psicología, y la experimental precisamente, es incapaz de llegar a resultado alguno y sería la muerte de la filosofía entregar a los resultados de aquella sus problemas eternos. Fuera menester desconocer toda la enseñanza de la historia que nos demuestra el fracaso del psicologismo en la última mitad del siglo XIX; sería ensayar una prueba fracasada, encaminarnos en un callejón sin salida, si quisiéramos resucitar esa «moda» de la psicología. El doctor Ingenieros no titubea en condenar «a todos los que pretenden reducirla (la metafísica) a una simple metafísica, metamoral o metaestética»; pero no vacila en declarar que la lógica, la moral y la estética, tres términos absolutos que constituyen to-

da la filosofía, toda la historia ideal del espíritu, sean «ciencias psicológicas»... Además, esa misma condenación implica una lección de prudencia para el doctor Ingenieros. En efecto, su libro, parece no tuviera otro objeto inmediato que fustigar burlescamente a todos los filósofos que no son «hombres de ciencia» y, sin advertirlo, usa de argumentos expuestos por uno de los filósofos contemporáneos que más han combatido a la psicología y a las ciencias naturales que quieren inmiscuirse en los asuntos de la filosofía. Esta afirmación: «Disminuyen la metafísica, (entendida, ésta, como la encargada de resolver los problemas filosóficos), y obstaculizan su renovación, todos los que pretenden reducirla a una simple metalógica, metamoral o metaestética», que formula el doctor Ingenieros, no es más que la repetición exacta de otra de Croce (y citamos a Croce por ser un contemporáneo, casi de la misma edad de Ingenieros y a quien éste hace referencia), de ese Croce a quien el doctor Ingenieros injustamente, con una errónea interpretación, le califica como «crítico literario» (sic, pág. 16, nota), desconociendo la profunda labor de ese filósofo, reconocido como tal hasta por Windelband, quien dice de él: «Un desarrollo idealista todo propio es el cumplido por Benedetto Croce: *su sólida y profunda filosofía del Espíritu, etc.*» (H. de de la Fil., t. II, pág. 364. Ed. Sandron); o ignorando, — y la ignorancia cabe en quien califica tan injustamente, — que Croce lleva publicado todo un *sistema*, — cuatro sesudos y profundos libros, — de filosofía. Decíamos que esa afirmación de Ingenieros, es una repetición del pensamiento de Croce y vamos a demostrarlo. Dice Croce: «El concepto puro, que es filosofía, puede ser mal combinado o cambiado o con la forma a él precedente de la pura representación (arte), o con la subsiguiente del concepto empírico y abstracto (ciencias naturales y matemáticas); o, mal dividido en su unidad de concepto y representación (síntesis a priori) y mal combinado después como concepto que se da por representación o como representación que se da por concepto. De aquí las formas fundamentales de los errores; las cuales convendrá llamar, *estetismo, empirismo, matematismo, filosofismo e historicismo*». (Croce. *Lógica*, págs. 272 y 273). Lo que pasa es que Croce no se entrega a la psicología a la cual combate en todos sus libros y a cada renglón. «... la filosofía psicológica, dice Croce en una de sus páginas dedicadas a combatir la psicología, si bien es explicada en ponderosos tratados y en solemnes lecciones académicas, no hace ni más ni menos de lo que hace aquella común reflexión, y no es otra cosa precisamente que aquella misma común reflexión: y después de haber reducido a clases las imágenes de las infinitas manifestaciones de la actividad humana, colocando, por ej., en estas clases, al lado del pensamiento y de la imaginación la voluntad y la acción, considera por último estas clases como realidad. Pero las clases son clases y no distinciones filosóficas, etc., etc.» (Croce. *Filos. della Pratica*, págs. 5 y 6). Como es el mismo pensamiento, la objeción que presentamos a nuestro profesor, el doctor Ingenieros, no puede ser más clara: ¿cómo es que Croce tan mal tratado por usted haya expresado lo mismo? y ¿cómo es

que la psicología es la base de su credo filosófico cuando recibe esa soberbia condenación que acabamos de citar y cuando usted no nos ha dicho el por qué de su creencia que «los resultados de las ciencias van trasmutando sin cesar los problemas clásicos de la metafísica, planteándolos de una manera legítima y desmalezándolos de sus ergotismos seculares (pág. 76)»?

Esta es, someramente, nuestra posición, nuestra profesión de fe. Sencillamente: estamos compenetrados, y hoy por hoy convencidos, de lo absurdo que es proclamar a la psicología tan sólo como «simple» base para la filosofía y que no aceptamos, — teniendo nuestro rechazo cómo escudarse en toda la Historia de la Filosofía Idealista, que es, bien entendida, la verdadera filosofía por representar la Historia del Espíritu que es, a su vez, la verdadera realidad, — que la estética, la lógica y la ética, sean «ciencias psicológicas». Y como nuestro profesor no nos ha dado ningún argumento capaz de «beneficiarnos» (él dice no proponerse convencer ni desconvencer a nadie y, sí, gustar de escucharnos los unos a los otros, descosos de beneficiarnos, etc.) y como es nuestro criterio que «Proposiciones» filosóficas deben estar informadas de una sólida y segura base, reafirmamos nuestra actitud inquiriendo una explicación y pasamos a la segunda parte de nuestros propósitos que estriba en analizar los Capítulos a fin de presentar, analíticamente, nuestras preguntas, nuestras dudas que, todas, han contribuido a formar esa profesión de fe expresada ante las «Proposiciones» de nuestro profesor, el doctor Ingenieros.

\*  
\* \*

El doctor Ingenieros siempre ha predicado la tolerancia, máxime para con las ideas ajenas. Pero en esta monografía aparece como indignado contra todos los pensadores, y nosotros, que aun permanecemos con esa tolerancia, nos preguntamos si no es esa indignación que perturba a nuestro sereno profesor y le hace incurrir en desconsideraciones injustas y, a veces, hasta en erróneas afirmaciones.

Veamos: dice Ingenieros «mirando en su siglo, los hombres se inclinan a ver nuevas orientaciones en las pequeñas escaramuzas de los polemistas que, según su éxito, determinan las modas» (pág. 15) y «... me parece muy significativa la incapacidad metafísica de los polemistas que han compartido las preferencias del público semiculto (sic) en el último medio siglo: el infantil materialismo de Büchner, las sutilezas místicas de Boutroux, las pamplinas biológicas de Weissman, los sermones insípidos de Eucken, el evolucionismo vitalista de Haeckel, el antifilosofismo de James, amén de las divagaciones pseudo-filosóficas de hombres de ciencia, como Poincaré o Ostwald, o de críticos literarios (sic) como Rémy de Gourmont o Croce. ¿Qué problema metafísico han planteado, renovado o resuelto, etc.?» (pág. 15 nota).

Por lo pronto, hacemos notar que esta forma de expresarse es la comúnmente empleada por nuestro profesor. Ahora bien: dejando de lado

le que afirma del infantilismo de Büchner o de las pamplinas de Weismann, o de Haeckel, por cuanto nosotros tampoco los consideramos filósofos, advirtiende, al pasar, que sólo puede constituir una injusticia por parte del doctor Ingenieros el desconocer a sus propios padres intelectuales, — su filiación es científica, en el sentido de las ciencias naturales — recuérdese su «Psicología biológica», — o teniendo poco en cuenta lo que afirma de Poincaré u Ostwald, aunque tenemos razones para no creerle, puesto que el *matematismo* de éstos, si bien no es la verdadera filosofía, podrá ser un error de la filosofía y sabemos que, filosóficamente, todo error encierra una verdad y si el sistema filosófico que remata en las matemáticas tiene una terminación abstracta, no concreta, no filosófica por lo tanto, no deja de ser sistema, no deja de comprender en sus grandes líneas, los distintos problemas de la filosofía. Una mala combinación o un cambio indebido, es decir, el plantear mal un sistema, no es, para nosotros, desconocer los particulares problemas y, menos aun, ser «divagaciones pseudo-filosóficas»; pero, atacar en esa forma a los otros autores citados, nos revela poca tolerancia y hasta indignación, lo que lleva, lamentablemente a nuestro profesor a caer en falsas afirmaciones y hasta, diremos, hay momentos en que dudamos si Ingenieros conoce debidamente a los que ataca. Porque nosotros, como discípulos exigentes que Ingenieros nos ha hecho, nos preguntamos: ¿cómo han de ser sutilezas las de Boutroux, cuando sabemos de la concienzuda labor de este filósofo, o simplemente, cuando otros maestros que tienen una labor filosófica de muchas lustros nos dicen que: «la Francia, después de haber ensayado con el *agudo* examen crítico de E. Boutroux los principios y los procesos metódicos de las disciplinas exactas y naturales» o «él, (Boutroux) el genial autor de *Science et Religion dans la Philosophie contemporaine*, puede llamarse el iniciador, en su país, de aquel idealismo crítico y de aquel profundo examen del valor de la ciencia y de sus relaciones con la filosofía, etc... que ha llevado el pensamiento francés a una altura, digna en todo, de sus grandes tradiciones».

(G. Barzellotti *L'opera storica della filosofia*, pgs. 376 y 386 nota).

Esto y lo que afirma Di Sarlo (*Il pensiero moderno*, pgs. 297 y s.), refiriéndose al contingentismo, o lo que hayamos podido recabar de la lectura directa, nos basta para convencernos que Boutroux, lejos de ser un sutil místico, ha planteado, renovado y resuelto «problemas metafísicos». ¿Será porque no ha presentado un sistema? El mismo Boutroux nos da una respuesta: «il est vrai que nous ne voyons pas que les philosophes français se disposent a composer une nouvelle synthese metaphysique, analogue a celle de Spinoza ou de Haeckel. Mais n'y a-t-il d'autre maniere de philosopher que de batir des systemes? L'histoire meme de la philosophie ne nous montre-t-elle pas les systemes s'effondrant les uns apres les autres, et la philosophie survivant a leur destruction... distincte des systemes, l'esprit philosophique, lui aussi, est une realite» (*La philosophie en France depuis 1867*).

¿Cómo considerar a Bergson como un incapaz metafísico, cuando ha sido un continuador (en el sentido de haber hecho avanzar) de Boutroux y cuando las opiniones sobre él son, también, muy distintas de las de Ingenieros? Windelband (*Historia de la Filosofía* pág. 361) dice: «Bergson es la personalidad más original e importante de la filosofía francesa contemporánea»; Barzellotti (op. cit. 413): «como ha sostenido *agudamente* E. Bergson»; Di Sarlo le discute a Bergson — y discutir es aprobar — los derechos de su metafísica (op. cit. pág. 300 y s.), etc., etc.

¿Cómo ha de ser antifilosófico James, cuando su «pragmatismo» está informado de un profundo sentido de la filosofía? Nosotros no aceptamos la filosofía de James (cfr. VERBUM 39-40: *La Religión en la filosofía contemporánea*), pero no nos persuadimos a tenerlo por anti-filosófico, por una simple razón — que es la más común entre los pensadores — que «todo lo creado tiene derecho a la existencia» y que todos los ensayos tienden a la verdad; un ensayo equivocado será como la sombra, pero, para la luz de la verdad, esa sombra es necesaria. Aun en este último caso, James es un eminente pensador de filosofía.

Y nada decimos de los «literatos» Remy de Gourmont y Croce, por haber ya hablado del último y en conformidad con lo que respecta al primero, haciendo sólo constar la confusión errónea en que incurre nuestro profesor, al encerrar en un solo título a Gourmont y a Croce (!!).

Y sigamos: en este capítulo, titulado «La hipocresía de los filósofos», nuestro profesor quiere demostrarnos que hasta hoy todos los filósofos tuvieron que transigir con ciertos errores debido a la «coacción del pasado». Esto tampoco nos parece exacto y, mucho menos novedoso, y, entre evidentes razones que demuestran lo contrario: la cicuta de Sócrates, el reniego de Espinoza, el «cogito» de Descartes, la austeridad de Kant, la vida de Vico, etc., etc., la cita que hace el doctor Ingenieros del famoso «*epur si muove!*», nos recuerda que hace ya algunos siglos se formulaba la misma protesta, existía el mismo anhelo de librarse de la «coacción del pasado», aunque, eso sí, en forma más inteligente y comprensiva que la predicada por el doctor Ingenieros. Giordano Bruno en «Cena de la Ceniza» (1584) reivindica la libertad del nuevo pensamiento científico de la autoridad de Aristóteles observando que es necesario confiarse a la sabiduría de los ancianos, pero que los viejos «no son los antiguos y sí los modernos, venidos después y hechos más sabios por las experiencias y por las reflexiones de los tiempos intertranscurridos». Galileo repitió el mismo concepto y en el año 1625 un discípulo de éste, Mario Guiducci, vuelve a expresar la misma profunda observación de Bruno. (cfr. Gentile, *Teoría gen. dello Spirito*, etc., p. 48, 49 y nota).

Además, nos parece que lo que achaca como hipocresía a los filósofos es un desconocimiento de los problemas que aquellos se propusieron. Afirmar, por ejemplo, como lo hace Ingenieros, que Kant fué hipócrita porque sus obras no han convergido a la «Solución de la pregunta general de los Prolegómenos», es, repetimos, desconocer toda la obra de Kant quien, después de llegar a su «síntesis a priori», escribió la «Metafísica

de las costumbres». El valor de Kant está en eso: en haber demostrado la «síntesis a priori» y, si tuvo que recurrir a una abstracción e inventar a un Dios o «mito trascendente», no fué por hipocresía y sí, por simple necesidad lógica de sistema. Si Ingenieros estuviera mejor informado o siquiera hubiese meditado en lo que dice su despreciado «literato» Croce, habría tal vez visto que Kant, no por hipocresía y sí por no haber tenido en cuenta el elemento intuitivo como uno de los grados absolutos del espíritu, y ya por él entrevisto, cual «principium aestheticum» en la «Crítica del juicio» hizo que su sistema de filosofía terminase, repetimos, en una abstracción. «Decir, hoy, que en religión no se es cristiano, o en filosofía, kantiano, es hacer palabrerío o no hablar en serio», ha dicho Croce. Y otro ejemplo de esa falta de información que achacamos al doctor Ingenieros, es la de proclamar, en el mismo capítulo, que «la concepción de dos filosofías dentro de la filosofía» es una hipocresía. Además de la confusión evidente que existe en llamar «dos filosofías» a dos interpretaciones de la filosofía, ¿es posible que desconozca nuestro profesor que esa lucha entre realismo e idealismo, o como se llamare, es eterna, tan eterna como la filosofía misma? ¿que esa lucha es la sola que da derechos a la existencia de la filosofía? ¿que, como el *mal* y el *bien*, existen siempre y siempre han de existir y que de su lucha continua emerge la *Bondad*, como por la lucha entre lo *verdadero* y lo *falso* brota la *Verdad*, o como por lo *feo* y lo *bello*, la *Belleza*? ¿cómo desconocer que los dos términos son necesarios para el problema y que la filosofía alcanzaría su muerte cuando no tuviese un contrario con quien batirse?

Tan grave es esto, que el mismo Ingenieros vacila por su afirmación y nos promete «una breve explicación» que, lo declaramos, no hemos encontrado.

Nuestra crítica podría extenderse en la misma forma, a todos los capítulos del libro; pero esto requeriría una labor demasiado extensa e improductiva: demasiado extensa porque todos los capítulos suscitan innumerables preguntas y levantan sendas objeciones; improductiva, porque, en el fondo, las dudas y las objeciones serían de la misma índole. Nos hemos detenido en el primero porque las críticas allí apuntadas son las bases generales para la crítica a todo el libro y porque, siendo ése el punto inicial y básico de toda la argumentación del doctor Ingenieros, atacándole, se pone en tela de juicio todo lo subsiguiente. Y efectivamente, como lo hemos declarado, nuestra actitud para con el doctor Ingenieros se basa en la poca solidez que presenta el libro. Poca solidez que con escasísima información e inspirada por un espíritu intolerante, indignado y hasta altanero, nos da la impresión de encontrarnos con un articulejo periodístico de polémica absurda, sin esa serenidad, necesaria para la discusión de cualquier problema filosófico. Breves citas nos bastarán para evidenciar esa información escasísima, esa indignación, esa altanería y esa característica de polémica apasionada, que hemos declarado.

«La crisis de la filosofía en el siglo XIX», se titula el segundo capítulo y para demostrarla, el doctor Ingenieros parte desde Kant, quien «más alabado que leído, condenó la vieja metafísica en nombre de otra, que él mismo se apresuró a desacreditar, bajo la presión de «creencias vulgares» incompatibles con su propia lógica» (pág. 23). Ya hemos aclarado nuestra opinión por lo que respecta a la hipocresía de Kant; estamos de acuerdo en que desde Kant se inicia una renovación en la filosofía: «después de él se advierte una real incompatibilidad entre los resultados leales (?) de la experiencia y las premisas hipócritas (?) de algunas viejas supersticiones», etc., aunque, inmediatamente advertimos que el problema está mal planteado: «muchos moralistas tuvieron el descaro de sugerir que era lícito sacrificar toda posible verdad a la solución de esos principios» (pág. 24). Falsos los términos del problema, desde el momento que, después de Kant y debido a Kant, surgieron, no una, sino varias corrientes filosóficas y los que hicieron referencias a un principio ético que resolvería el «caput mortuum», el nómeno dejado por Kant, lo hicieron, no por «descaro», que no cabe semejante calificativo a hombres de tanta integridad como la del doctor Ingenieros, sino por una «posible solución» para resolver el problema de la realidad que era imposible de eludir después del criticismo kantiano. Cuatro han sido las actitudes del pensamiento contemporáneo: el idealismo crítico, el idealismo ético, el idealismo objetivo con sus dos concepciones, monocéntrica y policéntrica, y el pragmatismo.

El idealismo ético, como el crítico, parte del concepto de que el acto cognoscitivo no está determinado por el objeto, la realidad, sino que es el primero que tiende a construir el segundo; la base en que se apoya es que no existe una realidad para definir, sino una realidad para formar. Se diferencia del idealismo crítico, en que éste no pretende, ni se propone, resolver el problema de la justificación del proceso creador, mientras el ético cree poder indiciar el motivo fundamental de la explicación de la actividad del espíritu en sus distintas formas: y este motivo sería la existencia moral. El idealismo ético no ha hecho sino desarrollar y profundizar el concepto de que nada existe por sí, sino en cuanto *medio* para la actuación del deber, partiendo de lo que había dicho Kant: «el respeto al imperativo categórico, el cual nos impone obrar como si estuviéramos en un mundo eterno, y la misma libre elección de obedecer, pueden en alguna forma revelarnos la última realidad que está más allá de la experiencia» y de lo que había agregado Fichte: «que la más profunda verdad es la verdad práctica, que las cosas materiales tienen importancia como encarnación del deber y que los distintos sujetos ven el mismo mundo, porque como seres morales tienen funciones idénticas» (cfr. VERBUM art. cit.). Ya vemos porqué nos parece que todo esto no es descaro.

El fracaso de la filosofía, según Ingenieros, se ha revelado bajo dos aspectos. El positivismo y el espiritualismo contemporáneo. De acuerdo con él en que el positivismo ha sido un fracaso, — las razones se las en-



dosamos a él, — nuevamente protestamos por la falta de conciencia que revela el doctor Ingenieros para demostrar que «el espiritualismo contemporáneo es un mayor fracaso de la metafísica», máxime cuando declara a qué espiritualismo se refiere: al idealismo. En efecto ¿no da la impresión de no conocer las manifestaciones del idealismo contemporáneo, cuando dice: «comienza a tener la franqueza de reconocer que es un movimiento «religioso»; renuncia a ser filosofía para convertirse en misticismo; en vez de buscar un saber independiente de las creencias vulgares, trata de conciliar el reconocimiento científico con las supersticiones ancestrales; etc.?» Pero, nos preguntamos ¿ha leído siquiera a Gentile y a Croce, a los cuales tiene obligación de leer por ser dos conspícuos representantes de ese idealismo? ¿pero es que el doctor Ingenieros cree todavía que sin la religión — que es un término para la objetivación del sujeto — es posible una concepción cualquiera del universo? Y si lo cree ¿en qué basa su creencia y cómo se permite profetizar sobre el porvenir de la filosofía — que no es más que una profecía — cuando dice: «hablo del porvenir de la filosofía pensando en las doctrinas que se mirarán como legítimas... sin tomar en cuenta la docena de modas que se intercalarán, etc.» (pág. 29 nota)?

Y así son todas las afirmaciones de nuestro profesor, el doctor Ingenieros, con una característica más consistente en querer reirse de cosas muy serias.

Sin tener en cuenta que el aserto puede ser arma de doble filo, afirma: «sospecho, sin averiguarlo (sic), que unos y otros (los que declaran haber leído la «Summa» o la «Enciclopedia») prefieren de ordinario consultar el inocente Larousse, no tan raro, pero menos inexacto» (pág. 32 nota). No vacila en llamar a la metafísica, «el único género filosófico», suscitando el problema de los «géneros» en filosofía, cuya discusión dase por terminada entre los buenos filósofos. A veces llega hasta sorprendernos en nuestra buena fe de alumnos sumisos por la casi presuntuosidad que manifiesta: «la más elemental comparación entre los filósofos de cinco siglos diversos, o entre cinco filósofos del mismo siglo (nótese el chiste inoportuno) o entre cinco capítulos de una misma obra filosófica, suele revelarnos que ninguno (sic) comprendió, con exactitud, lo que significaban los términos de su pregunta» (!!) (pág. 39). Si se encuentra con un problema que requiere una defensa acalorada y lógica, nos abruma con otro chiste. Veamos.

Para defender los «métodos científicos» — y la defensa es ardua — se jacta de llamar «algunas personas ignorantes» a todos los que aconsejan renunciar a ellos en filosofía, por ser incapaces de resolver los problemas de aquellos y, único argumento, es el siguiente: «con la misma lógica razonan los supersticiosos vulgares que prefieren el curanderismo a la razón los supersticiosos vulgares que prefieren el curanderismo a la medicina» (pág. 42 nota). O, conceptúa «ridículas» las «hipótesis que afirman la incapacidad de la razón humana o la existencia de misterios predestinados a serlo eternamente», y, lo que es peor, en lugar de darnos

quiera una opinión para esa «concepción ridícula», nos da otro chiste: «dicho sea sin agravio para el de Koëningsberg y el de Aquino» (pág. 43), etc., etc.

Lo que el doctor Ingenieros supone que es la base en que descansarán sus Propositiones, es la «permanencia de lo inexistencial» que «no corresponde a lo *sobrenatural* de las creencias vulgares, ni a lo *transcendental* de Kant, ni a lo *incognoscible* de Spencer» (pág. 44 nota). Desde luego estamos contestes en que este «inexistencial» no es lo «transcendental» de Kant, pues nos damos esbala cuenta que con tan poca información filosófica y con el desconocimiento de los aspectos que ha tomado el problema en toda la historia de la filosofía y con bases que están al margen de toda lógica, no es posible llegar al resultado kantiano que ha sido el producto de la crítica más aguda y severa que del poder de la razón se ha hecho; por lo mismo, afirmamos desde ya, que tampoco es un adelanto en la solución, puesto que toda superación requiere la comprensión y la discusión de los términos anteriores, operación que no ha hecho el doctor Ingenieros, quien se limita a afirmar que lo transcendental de Kant es una «presunción» (ibid.). También con él de acuerdo en que no es lo «incognoscible» de Spencer, aunque tiene todos los caracteres, — pues «la permanencia de lo inexistencial fuera de lo existencial» (pág. 44), no es más que «lo incognoscible fuera de lo cognoscible», dicho con distintas palabras, lo que acusa en el doctor Ingenieros una falta de cautela, por cuanto incurre en un error, el palabrerío, que achaca a los demás — no es, desearnos, lo incognoscible de Spencer, debido a que a las proposiciones de Ingenieros les falta aquella textura externa que hizo de la filosofía de Spencer un todo homogéneo y que, además, revelaba el momento histórico por que atravesaba la filosofía: el aparente fracaso del romanticismo alemán hizo sentir la necesidad de dirigirse a la naturaleza que se había olvidado, e hizo surgir las «ciencias naturales», elevadas a filosóficas. Cuenta una leyenda que la masonería inglesa necesitaba, para su programa de acción, un sistema de filosofía y que encargó su construcción a un hermano de grado avanzado: éste fué Spencer. A estar a la leyenda, resulta que Spencer fué filósofo obedeciendo a un mandato ineludible de una secta como la masonería. Pero, sea lo que fuere de la leyenda, Spencer obró bajo la influencia de la explicable «moda» de las ciencias naturales, «moda» o momento que bien podría encarnar la masonería; y el sistema de Spencer, corifeo del positivismo, respondía a las exigencias de la época, era necesario para dar esquema a ese sentido de la teoría de la evolución, producido por la situación en que se habían encontrado los idealistas y las ciencias naturales. Esa fué la labor, y el mérito, de Spencer: dar fórmula a una corriente de ideas predominantes. Que por la falsa posición o por el desconocimiento de que la «evolución» tiene un significado idealista y no empírico, Spencer fracasa es asunto distinto que por el momento no nos interesa; pero, como vemos, lo «incognoscible» tenía, evidentemente un significado. Pero — y nos perdonará el doctor Ingenieros — no estamos con él cuando dice que «no co-

responde al sobrenatural de las creencias vulgares». En efecto, lo que el doctor Ingenieros propone, no es más que algo que escapa al poder de la observación y experimentación, más allá de la naturaleza. «sobrenatural» por lo tanto. Y no es más que una «creencia vulgar», vulgarísima, si se entiende la palabra «vulgar» como sinónimo de inexperiencia o ignorancia de los problemas, que es como parece que entendiera la palabra «vulgar» el doctor Ingenieros. Cabe esta aclaración, pues si por vulgar entendiésemos ese estado psíquico de los hombres que afirma lo sobrenatural, ni siquiera alcanzaría, la proposición de Ingenieros «la permanencia de lo inexperiencial fuera de lo experiencial», a ser una «creencia vulgar», puesto que este estado psíquico revela esa conciencia íntima de sobrecojerse frente al universo del cual formamos parte y cuyos enigmas no nos explicamos; constituye, esa creencia vulgar, una grosera y primitiva, pero al fin intuición del mundo exterior; es, con todo, la misma posición que, con preparación distinta toma el filósofo o el artista al comunicar su mundo interior (sujeto) con el mundo exterior (objeto); es el «cor cordium», primer grado de toda posible filosofía. Con esta aclaración, decíamos que lo «inexperiencial» de Ingenieros no es más que una vulgaridad. En efecto, para base demostrativa de su «inexperiencial» el doctor Ingenieros dice: «la posibilidad de un conocimiento total sólo sería posible en el supuesto de que la experiencia humana continuara acrecentándose cuando el universo pasara a un estado de inercia o de equilibrio cósmico en que no se modificase la más infinitesimal de las relaciones» (pág. 44). Es decir que Ingenieros declara el más burdo realismo; que el conocimiento está basado en una realidad persistente exteriormente, fuera del sujeto que percibe; posibilidad ilógica, no por lo que él afirma «que la experiencia es necesariamente menor que la variabilidad de sus objetos y condiciones», sino porque, con ese criterio de la experiencia como norma, nos veríamos en la imposibilidad de conocimiento alguno por dos razones: 1ª porque no hay posibilidad lógica de conocer alguna cosa que esté fuera de nosotros como mero objeto material que no tenga una ideal realidad; 2ª que aceptaríamos un falso postulado del positivismo — también combatido por Ingenieros — de dar permanencia o estabilidad a los fenómenos del mundo externo. Concretando, Ingenieros no tiene en cuenta lo que significa conocimiento como «acto», eterna actuación del pensamiento sobre una realidad que es también eterna — porque es ideal —: el universo. Posición filosófica podrá ser la del místico, la del escéptico, aun la del realista, pero nunca la del doctor Ingenieros, que postula una ingenuidad como la de aquel pastor, citado por Ortega y Gasset, que jura por su vida «que el valle que pisa no se mueve».

Y damos por terminadas nuestras dudas, nuestras preguntas y nuestras objeciones. Frente al temor de vernos amenazados con la escritura de otro libro tan voluminoso como «Proposiciones», preferimos poner punto final y dejar de considerar los demás capítulos y las proposiciones finales; éstas, especialmente, necesitarían, de parte nuestra, una recor-

dación completa de todos los detalles de la lógica, para explicarnos dónde hallarían un asidero. Y, si nuestra pretensión no fuese mal vista, hemos de esperar que nuestro profesor, el doctor Ingenieros, recibirá con su característica benevolencia estas líneas, inspiradas por aquel consejo suyo, declarado al comienzo, de ser severos e intransigentes para la adopción de toda doctrina.

JACINTO J. CUCCARO.

*Mis monografías universitarias* por MANUEL M. OLIVER.

Como lo indica el título, el señor Oliver, (que se hace adornar por doquier con el título de doctor, aunque no ha rendido siquiera los exámenes generales) ha reunido en un folleto las monografías presentadas en esta Facultad como alumno regular y libre. Las precede la solicitud que dicho señor dirigió a las autoridades de la casa para ser inscripto, en la cual pondera el esfuerzo realizado para rendir todas las materias en dos años, en una fulminante sucesión de exámenes, de cuyas clasificaciones elevadas alardea.

Cosas como ésta son de todos los días entre nosotros, y, a la verdad, lo más filosófico sería decir con Horacio, *Nil admirari*, aunque se trate de un rector de colegio nacional; pero los que asistieron a sus exámenes, y entre ellos se cuentan no pocos alumnos de esta Facultad, no dejarán de asombrarse un poco ante el aplomo del señor Oliver, puesto que esos famosos exámenes dieron motivo a la nota que el Centro de Estudiantes dirigió a las autoridades para protestar contra ciertas escandalosas complacencias que dicho señor había sabido granjearse en algunas mesas, nota que puede leerse en el n° 41-42 de esta Revista.

En cuanto a la publicación de las monografías, el hecho no deja de ser pueril, cuando recordamos que hay monografías de alumnos regulares de esta casa que fueron publicadas en la Revista de la Universidad, algunas con recomendación de profesores, sin que sus autores se hayan vanagloriado públicamente, a pesar de que esto significa más que publicarlas por sí mismo en folleto suelto.

Con un poco de malicia, se podría suponer que el señor Oliver ha querido, con esa publicación, que el gran público repare la injusticia de profesores que no han admirado sus trabajos, sobre todo recordando la siguiente acta del Seminario de Sociología donde se trató de uno de ellos:

*Acta de la clase de seminario del 10. Noviembre 1917.*

La señorita Arana da lectura a la monografía presentada por el señor Manuel M. Oliver, tema: Evolución social peruana, cuya crítica hecha por la citada señorita ha sido leída en la clase del domingo 28 de Octubre.